

# En el foro social mundial de Túnez: La lucha contra la mercantilización de la naturaleza

WOLFGANG ACHLEITNER

Fecha de recepción: 29/08/13 Fecha de aceptación: 30/09/13.

Por primera vez un foro social mundial, mega-evento de los contestadores de la globalización neoliberal, se ejecutó en el mundo árabe y esto en cierto sentido, para honrar el país donde empezó la llamada primavera árabe. En el centro de los debates figuraron naturalmente las cuestiones de la democratización, de la participación popular, de los derechos sindicales, de las minorías y de los migrantes, sobre todo la escandalosa marginalización del pueblo palestino, extranjero en su propia tierra, y al cual fue dedicado buena parte de la conferencia. El enfoque era así más bien político, pero había mucho espacio para el tratamiento de otros temas, como por primera vez el de la agricultura, siendo el punto común los resultados del neoliberalismo en el empobrecimiento de los pequeños agricultores y asimismo en la destrucción del medio ambiente.

## **En contra de la naturaleza como mercancía**

Había numerosos talleres y seminarios sobre los efectos de la globalización sobre la agricultura campesina. En general, la crítica identifica el punto de partida de muchos de los problemas actuales en la política del ajustamiento estructural, impuesto desde los años setenta por el Banco mundial y el Fondo Monetario, sostenidos por las burguesías locales. Esto implicó la reducción drástica de los gastos estatales, de la apertura aduanera completa, también de los mercados agrícolas a la competencia internacional y de la reducción de cualquier subsidio o apoyo al desarrollo agrícola. La idea de base era que, el mercado y la iniciativa privada serían mucho mejores gestores de los escasos recursos que el estado, y esto para lograr nuevos equilibrios innovadores. Hasta hoy en día esta política fue impuesta principalmente a los países del Sur, pero recientemente también a países europeos, dizques desarrollados, que están sufriendo los mismos tratamientos y donde están ocurriendo los mismos problemas sociales y ecológicos.

Los mercados son por supuesto necesarios y desde siempre, los productos agrícolas han sido intercambiados localmente y también a larga distancia. Pero desde los años 50 del siglo pasado el mercado agrícola no se contentó con esto y empezó a tratar de controlar toda la cadena de producción y a empeñar los recursos genéticos de los cereales. Organizaciones como la IRRI de Manila para el arroz, el CIMMIT en México para el maíz o CIP para la papa en Lima fueron creados para establecer los bancos de genes correspondientes. Los fondos provenían de fundaciones estadounidenses como la Rockefeller, ligados a las grandes empresas del agrobusiness. Estos programas fueron apoyados por la llamada “*revolución verde*” o sea la mecanización de los trabajos agrícolas y el uso de semillas certificadas, así como los insumos químicos (pesticidas y fertilizantes) lo que produjo generalmente un auge de la producción, pero causó también muchos problemas sociales y ecológicos.

En el foro se presentaron varias organizaciones que denunciaron los efectos negativos de tales tecnologías para la agricultura campesina que no solo queda estructuralmente endeudada sino también desposeída de la riqueza de la biodiversidad que se está privatizando cada vez más. Un seminario sobre la llamada “*biopiratería*” denunció la extensión del sistema de bancos de genes vegetales a muchas especies. Las discusiones permitieron intercambiar experiencias de varios países y regiones en la lucha contra los organismos, a veces hasta internacionales, que bajo el pretexto de estudios tratan de apoderarse de los recursos biológicos. Otros talleres focalizaron sus esfuerzos en la extensión de la misma revolución verde al continente de África, supuestamente “olvidado” en este tipo de desarrollo. Efectivamente, hay nuevos programas implicados en la “*alianza para la revolución verde en África*” AGR.A. Sus protagonistas son las fundaciones estadounidenses supuestamente altruistas, como la de Bill Gates, de George Soros y, naturalmente, Rockefeller. Lo que es nuevo es que estos organismos lograron juntar organizaciones internacionales a su programa, como la FAO, los que sirven en cierto sentido como pantalla de neutralidad y progreso. Los participantes en el foro denunciaron estas prácticas refiriéndose a varias evaluaciones ejecutadas sobre todo en la India, el país donde la revolución verde tuvo su primera aplicación en los años 50. Es cierto que la producción cuantitativa y la productividad allí han aumentado, pero al precio del empobrecimiento de largas capas de pequeños agricultores que ya no pudieron pagar sus deudas. Otro problema era la destrucción de los suelos por los monocultivos y el daño ecológico por las obras gigantescas de irrigación. Los programas de microcrédito que han sido proporcionados en los últimos años no ayudaron mucho, al contrario, contribuyeron a extender el endeudamiento a las mujeres y a las capas más pobres de la sociedad. Los representantes de las organizaciones campesinas africanas no querían que este modelo de “*mal desarrollo*” se extendiera a sus tierras, sobre todo que va de par a menudo con los fenómenos de “*land grabbing*” para la producción de alimentos para algunos ricos países árabes o asiáticos, o de biocarburantes para los países del Norte.

La agricultura se revelaba un buen negocio para las multinacionales productoras de los insumos pero quedó algo al margen de la especulación financiera. Esto iba a

cambiar con la crisis de 2008: los capitales que ya no encontraron posibilidades lucrativas de inversión en la industria o en los servicios, descubrieron la agricultura, con el resultado de un súbito auge de los precios y por consecuencia, fenómenos de hambre y de rebeliones en varios países del Sur. Se trató de contener el problema con la reintroducción de políticas de ayuda alimentaria. Incluso el Banco Mundial recomendó desde 2009 más intervenciones estatales en la agricultura, un área dejada durante veinte años a las fuerzas del libre mercado según las exigencias del mismo banco. Pero estas opciones son en largo plazo contrarias a la exigencia de un estado mínimo y barato, como lo proponen los neoliberales. Otras soluciones más mercantiles deberían ser encontradas y así nació el concepto de la “*green economy*”

Hoy en día, en las conferencias internacionales la economía verde se está imponiendo como solución ideal a muchos problemas, como por ejemplo en el año 2012 la gran conferencia de las Naciones Unidas “Rio+20”. En el foro esto no se veía así y muchos talleres denunciaron sus implicaciones negativas en términos agrícolas o de medio ambiente. Los autores de la economía verde parten de la constatación de que muchos problemas ambientales ocurren porque las funciones y los bienes de la naturaleza no tienen precio mercantil, y entonces no se respetan o se despilfarran. La naturaleza, al contrario, se debería concebir como una empresa de servicio, que ofrece no solamente bienes y recursos materiales, sino que proporciona también funciones esenciales para la vida, como la regulación climática, la biodiversidad, la regeneración vegetal etc. Estos servicios indispensables y hasta ahora gratis se protegerían mejor si fueran remunerados, o sea, incluidos en el mercado.

Esta introducción a primera vista no es fácil de realizar, pero los especialistas de la economía verde han encontrado la solución, o sea, simplemente la aplicación de la racionalidad tecnológica e industrial en tales funciones. Estos últimos deberían ser definidos, analizados, modelados como cualquier procedimiento industrial o de servicio para después ser introducidos en un mercado y así monetarizados.

En la práctica, eso puede funcionar de tal manera que comunidades en regiones con alta concentración de biomasa serían remuneradas para mantener y proteger estos recursos. La definición del inventario y la necesaria evaluación periódica entrarán también en los costos, los que constituyen la base de un valor de mercado, que se podría negociar. En analogía con el proceso de Kyoto sobre las emisiones de carbón, países o empresas que en otras partes producen daños al medio ambiente se pueden “limpiar” comprando tales acciones o certificados. Como la mayoría de los dañadores se encuentran en el hemisferio Norte y la mayoría de la biomasa en el Sur, esto implicaría también un traslado de recursos hacia donde lo más se necesita. Las regulaciones que se elaboran en las múltiples conferencias internacionales para frenar las emisiones de gases de carbón se pueden de esta manera cambiar en dinero. Cabe mencionar que según los participantes en el foro esta orientación mercantil de las organizaciones de las Naciones Unidas no sorprende, porque ellas están cada vez más sometidas a los intereses de las grandes compañías multinacionales. En teoría, la evaluación del proceso de Kyoto debería llamar a más prudencia en la extensión del concepto, y esto porque los certificados correspondientes, debido a la crisis

económica, se han desvalorizado tanto, que ya es más barato de comprarlos que de invertir en una tecnología más respetuosa del medio ambiente. Pero los protagonistas de la economía verde ven aquí solo un accidente marginal, visto que el mercado potencial es gigantesco.

Otro programa de las Naciones Unidas que esta basado en la misma lógica se llama REDD (*reducing emissions from deforestation and degradation*). Su objetivo es reducir las emisiones producidas por la degradación de los bosques y aumentar su capacidad de absorber más gases de efecto invernadero. Los campesinos o forestales serán pagados para proteger los bosques y no cortar demasiado. Pero entran en la definición de bosque también plantaciones de monocultivos, como la palma de aceite, que tiene otras desventajas para las poblaciones rurales. En el foro la tendencia de las discusiones era más bien de boicotear tales proyectos por razones ecológicas, sociales y porque se considera que incluso contienen elementos neo-coloniales.

La naturaleza en todas estas concepciones representa algo como un objeto, que es visto del exterior y que se debería someter y dominar. En este sentido bíblico el hombre tiene casi la obligación de apropiarse de las funciones naturales, o sea, transferirlas en propiedad privada. Así el hombre deja de ser parte de la naturaleza, al contrario, es un actor externo que interviene basándose en ciencia y tecnología, y la “*res communis*” se transfiere en mercancía. Mientras en la conferencia del medio ambiente de Río de Janeiro en 1992 se elaboró un compromiso entre los aspectos políticos sociales y económicos del desarrollo aparentemente sustentable, veinte años después es no más la economía que predomina.

En este contexto se organizaron durante varios días talleres bajo el signo “*climate space 2013*” sobre las supuestas soluciones de la problemática de desarrollo y del medio ambiente, avanzadas por el agribusiness y en gran parte erróneas: la bioenergía industrial, la energía nuclear, los carburantes biológicos, las semillas genéticamente modificadas, la biología sintética (la vida artificial) así como el llamado *geo-engineering* (ingeniería geológica) que consistiría por ejemplo en la fertilización de los océanos o la manipulación del clima por la protección con capas químicas de los rayos solares. Frente a tales perspectivas, casi apocalípticas, los talleres que trataron los fenómenos conocidos como los daños causados al campo por la extracción minera, la urbanización creciente o la creación de reservas para el turismo en detrimento de poblaciones locales, son asuntos que se revelan relativamente fáciles de resolver.

Los participantes del Foro coincidieron en que la mercantilización de la naturaleza implica más daño al medio ambiente y que así se producían condiciones mucho más difíciles para los pequeños campesinos. La privatización del espacio rural, hoy en día, ya causa problemas de escasez del agua, de fertilidad disminuida de las tierras, del cambio climático y como la agricultura se está “feminizando” cada vez más, sobre todo por la migración de los varones, en ciertos talleres se consideró el agro-negocio como una nueva forma de violencia contra las mujeres.

## Formas de resistencia de los pequeños agricultores

Los participantes del Foro eran en su mayoría sindicalistas o militantes de organizaciones ecologistas y de la sociedad civil de muchas partes del mundo. No sorprende entonces que la denuncia al neoliberalismo fue el denominador común en todos los talleres. El foro representó una plataforma ideal para comunicar y establecer redes de intercambio para mejor resistir a los planteamientos tecnológicos considerados como nocivos. Las experiencias de formas de resistencia pacíficas y violentas, como la ocupación de tierras, experimentadas en Asia y en AL procuraron valiosas informaciones para la mayoría de los participantes árabes, recién salidos de las dictaduras. Pero hubieron también comunicaciones sobre otras formas de resistencia más políticas, como grupos que militan contra el pago de la deuda con la grandes instituciones financieras, que proponen la salida de sus países respectivos de la Organización Mundial del Comercio, que organizan la oposición en contra de los mega-proyectos financiados del Banco Mundial y del Banco Europeo de Desarrollo, o que denuncian las prácticas de las multinacionales de semillas como Monsanto etc.

La Unión Europea es de gran importancia para África, y parece que sus agencias de desarrollo están muy de acuerdo con los conceptos de la economía verde. Se denunció en algunos talleres que la UE utiliza su poder económico para negociar acuerdos de libre asociación con varios países del continente para poder exportar sus productos agrícolas subsidiados y además, de abrir el campo para el negocio de la economía verde. Se trata, sobre todo, de asociaciones de la sociedad civil y sindicatos quienes militan en contra de tales acuerdos, como actualmente en Túnez, pero incluyen también grupos de empresarios nacionales que temen una pérdida de mercados.

Pero el Foro no se limitó a la pura negación de las practicas neoliberales, también fue un espacio de encuentro de iniciativas constructivas ofreciendo soluciones alternativas a las propuestas emitidas por las grandes instituciones internacionales. Uno de los argumentos que más se ha avanzado es la promoción de la **agro-ecología** en el contexto de la pequeña finca familiar. El aumento de la productividad allí es importante, pero no dominante porque aspectos de ecología, de solidaridad y de democracia deben tomarse en consideración. También importa el papel de la mujer que hoy en día ya es mayoritaria en la agricultura familiar mundial. Se trata de propagar una agricultura más bien orgánica integrando un control de pestes por medio biológico y que funciona sin semillas híbridas, productos fitosanitarios y fertilizantes importados. No se trata de un regreso al pasado o a la autosubsistencia, porque se busca sistemáticamente el mejoramiento de la diversificación de la producción, de la protección de las tierras y de la distribución colectiva de insumos, así como de la comercialización y de la transformación local de la producción agrícola. Hoy en día la agro-ecología constituye ya una ciencia cada vez más dinámica.

Si se pasa del nivel micro de los sistemas de producción campesina (*farming systems*) al nivel macro, el concepto clave que integra los esfuerzos locales y regionales y estatales es el de la **soberanía alimenticia**. Se trata de una teoría elaborada por el movimiento español “*vía campesina*” desde los años noventa del siglo pasado y que

integra también una componente de acción. Se traspasan conceptos mercantiles como las del desarrollo sostenible o de la seguridad alimenticia, puesto que este último también se puede realizar por una política de exportación-importación, o sea por los mercados internacionales. Se trata al contrario de evitar tales remedios reforzando la capacidad de una economía de subvenir a las necesidades alimenticias principales de su pueblo por la producción local o regional. La base ética está constituida por el derecho de los pueblos a una alimentación suficiente y equilibrada, respetando las exigencias culturales y sociales de producción y de consumo. Pero no se trata de un decreto sino de un proceso de lucha para la autodeterminación y en contra de la competencia de productos importados, muchas veces producidos sin respeto al medio ambiente y también a menudo altamente subsidiados. De preferencia se debería consumir la producción local y solo los excedentes se podrían exportar. La *vía campesina*, hoy en día una red importante de movimientos internacionales, se orienta a mercados locales pero busca también el contacto con otros movimientos sociales y sindicatos obreros para alcanzar directamente los consumidores urbanos.

La *soberanía alimenticia* es intrínsecamente igualitaria en lo que se refiere a la relación entre ambos sexos. En el plan ecológico es integral, ella defiende un concepto de desarrollo rural que va por delante de la producción, incluyendo la gestión de aguas y hasta daños causados por la extracción minera. En América Latina, se apoyan los programas de reforma agraria, pero se oponen a los que se hacen con el interés de instalar monocultivos con campesinos que no serán nada más que obreros disfrazados de la industria transformadora. Los participantes coincidieron en que la soberanía alimentaria, para realizarse plenamente, necesita el ejercicio de la soberanía política, que se debe alcanzar con la presión de los de abajo.

Los organismos internacionales como la FAO proponen otras alternativas para la agricultura, como por ejemplo la biológica u orgánica. Según los participantes en los talleres, se trata de un fenómeno marginal, porque los costos de la certificación de los productos referentes son muy altos y no están al alcance de los campesinos. Además incluye otras formas de dependencia de los mercados y de los países del Norte. La soberanía alimenticia combinada a la agro-ecología, según sus protagonistas en el Foro, sería mucho más importante siendo la mejor política en contra de las múltiples crisis de alimentación, de malnutrición y de destrucción del medio ambiente.

*Vía campesina* y movimientos similares como la red *moreandbetter* exigen de la cooperación internacional un apoyo a los sistemas de producción campesina, pero se desaconseja de financiar a las grandes ONGs nacionales o internacionales. Estas son muchas veces demasiado orientadas para resultados fáciles o, a corto plazo, para satisfacer a sus donantes. En lugar de esto se deberían apoyar a los movimientos campesinos directamente. Pero, dada la burocratización de la cooperación internacional –que prefiere estructuras similares en los países recibidores– y de la creciente influencia del agro-negocio es poco probable que tales movimientos sean incluidos en los programas correspondientes de la ayuda al desarrollo (*Official Development Aid*) por parte de los países ricos.

La soberanía alimenticia, implícitamente, toca a los modos actuales de producción y del consumo mundial. El modelo neoliberal y anglosajón parece invadir también los países del sur, una perspectiva que los participantes del foro criticaron. Varios talleres sobre temas como la renta básica universal, el *buen vivir* (Ecuador, Bolivia, Mexico) o el movimiento francés del decrecimiento así como el “*slow food*” italiano ofrecieron posibilidades de discutir problemas elementares de civilización con sus ramificaciones filosóficas. Así el centro Frantz Fanón ofreció una plataforma para la crítica de la dominación del racionalismo europeo en las políticas de desarrollo de los países del sur.

El denominador común de todos los eventos en el Foro fue que solo un desarrollo verdaderamente sustentable lleva a la paz y garantiza un futuro para las generaciones siguientes. Uno de los fundadores del Foro, el filósofo social Samir Amin declaró en este sentido que el obstáculo principal para alcanzar tales metas sigue siendo el capitalismo, que necesariamente polariza la sociedad entre pobres y ricos. Pero, como lo explicó en su ponencia, existen actualmente muchas posibilidades de resistencia y de contra-cultura. Tomando ejemplo de los movimientos sociales en su país, Egipto, demostró que es posible oponerse ahora mismo a las tendencias neoliberales, que identificó además como *lumpen-desarrollo*. El Foro Social Mundial, a pesar de algunos problemas de organización y de infiltración ofreció en este sentido una buena ocasión de intercambiar, de aprender, de establecer nuevos contactos y de reforzar las redes existentes. La mayoría de los participantes y de los organizadores consideraron entonces el evento como un gran éxito, y que no tuviera mucha resonancia en los medios de comunicación internacionales no debe sorprender, visto las posiciones críticas y contestatarias expuestas aquí arriba.